

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14.22-33): *La muerte no tuvo dominio sobre Él.*

Salmo (15, 1b-2a.5.7-11) «*Señor, me enseñarás el sendero de la vida*»

2ª lectura (1ª Pedro 1, 17-21): *Fuisteis liberados con una sangre preciosa.*

Evangelio (Lucas 24, 13-35): *Lo reconocieron al partir el pan.*

Es sin duda una de las grandes catequesis que nos ha legado el evangelista Lucas. Para introducirnos en la fe de Jesús resucitado nos pone a caminar junto a los dos discípulos que intentaban digerir el fracaso de una fe en Jesús el Nazareno a quien reconocían como profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo. De todo lo que ellos habían conocido era ciertamente el mejor e incluso había abierto en ellos una firme esperanza en que fuera el libertador de Israel, pero la realidad estaba ahí ante sus ojos: la muerte en la cruz y el entierro subsiguiente.

Sus ojos no eran capaces de ver más, sus oídos habían escuchado relatos fantásticos de



unas mujeres que hablaban de ángeles y de un Jesús vivo que ellas tampoco habían visto. El sepulcro vacío era un nuevo interrogante, pero no la respuesta de la resurrección que ellos esperaban. Y con ese interrogante caminan ellos heridos en su esperanza, comunicando y dialogando con el forastero a quien cuentan sus inquietudes. No le esconden su estado de ánimo y Jesús misteriosamente les va curando las heridas y les va respondiendo a sus interrogantes explicándoles lo que verdaderamente habían dicho de Él los profetas.

Después de escucharles Jesús les va introduciendo en la verdad, les va abriendo el corazón a la esperanza, les acompaña en sus interrogantes, pero no los cierra con respuestas viciadas por la urgencia de aclarar los problemas que ellos no pueden entender. En el diálogo y a lo largo del camino les va hablando y explicando la palabra de Dios, les va atrayendo hacia la luz de la verdad, la que alumbra la fe sin destellos fulgurantes que ciegan el propio quehacer de Dios. Les comunica su amistad y acepta compartir con ellos la mesa después de haber compartido su palabra.

En el diálogo a lo largo del camino se han encontrado el interrogante y la respuesta, la búsqueda y la luz, el fracaso y la vida. Y todo ello sin aturdirles, simplemente afirmando la luz de la verdad a través de la explicación de las Escrituras. Con el mismo Espíritu que las escribió, se las va confiando Jesús a sus discípulos inicia una lección exegética que modifica la lectura parcial y selectiva que ellos habían hecho de la figura del Mesías. No bastan los datos triunfales para comprender al verdadero Mesías, hay que leer también los otros datos que se refieren al Siervo que sufre y da su vida en favor de los otros.

Tal como afirma Pablo hasta que no se cumple la nueva alianza, las lecturas de Moisés, la lectura de las Escrituras, se hace veladamente. Con Jesús muerto y resucitado, se cumplen las

Escrituras y desaparece el velo que impedía comprenderlas. Los discípulos de Emaús sienten el ardor en su interior cuando el Mesías resucitado les habla según el Espíritu que da vida a las palabras que sin el Espíritu son letra muerta y sin sentido.

El conocimiento de Dios y de sus obras nos llega a nosotros a lo largo de nuestra existencia como una lección permanente que no llegamos a comprender hasta que no prestamos la debida atención y la acogemos favorablemente. No se trata de una simple formulación que somos capaces de repetir sino una participación viva y encarnada del propio quehacer de Dios.

Los discípulos de Emaús conocían las Escrituras, las habían leído muchas veces, e incluso se habían quedado con todo aquello que les parecía razonable, olvidando aquellos textos que iluminan precisamente las situaciones difíciles y embarazosas. Así decepcionados porque el Mesías no había triunfado como ellos habían entendido, huyen de Jerusalén donde se ha consumado el fracaso que acabó con sus esperanzas.

Desde las primeras palabras de Jesús, que son un auténtico reproche por su torpeza y necesidad, descubren que el que ellos consideraban forastero es un verdadero conocedor de todo lo ocurrido y, lo que es más, entiende y explica de forma convincente que la pasión y muerte del Mesías no son un fracaso sino el cumplimiento de las profecías que anunciaron su glorificación. A medida que Jesús les habla van reconociendo la identificación de la palabra de Dios en aquellos acontecimientos que ellos vivieron, aunque no consiguen identificar a Jesús que les habla.

Curiosamente sienten la atracción de la verdad que Jesús les expone y responden a esta atracción invitándole a quedarse con ellos ya que la tarde está avanzada. Frente a su huida cobarde ahora se sienten a gusto con la compañía de quien ha acaparado su atención explicándoles el sentido de lo que a ellos les disgustaba. Todavía no se les habían abierto los ojos hasta que Jesús se sentó con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición y se lo dio.

Fue entonces cuando reconocieron a Jesús, cuando después de haberle escuchado y acoger todas sus palabras, le dejaron entrar en su terreno y allí junto a la mesa sintieron la presencia viva del Maestro que partía para ellos el pan. Ya no había duda alguna, su incertidumbre se convirtió en experiencia viva de la gloria del Mesías, que ahora pueden identificar con el propio Jesús.

No hay mejor manera de superar la ausencia de Dios que invitándole a entrar en nuestra casa, a compartir con Él nuestras preocupaciones, escuchando la lectura que Él hace de los acontecimientos que nos preocupan y entendiendo que su pasión y muerte transforman en experiencia gloriosa nuestros sufrimientos al compartirlos con Él.